
CAPITULO I.

EL PRINCIPIO FILOSÓFICO.

§ I.—La idea del progreso.

I.

Se acusa al siglo XVIII de ser incrédulo. Era incrédulo en cierto sentido, como los primeros cristianos eran ateos; abandonaba los antiguos altares de una religion antigua, para adorar á un Dios nuevo. ¿Cuál era este Dios? No era un Dios de carne y hueso; los filósofos adoraban al Dios desconocido á quien los Atenienses habian dedicado un templo, cuando San Pablo vino á predicarles la locura de la cruz. Los descendientes de Sócrates y de Platon no quisieron doblar la rodilla delante del crucificado, y en pos de ellos los libres pensadores abandonaron los templos, cuya supersticion habia cubierto al mundo cristiano. En su primer movimiento de alegría, despues de haber sacudido las cadenas del error, los filósofos confundieron á toda religion con el cristianismo tradicional; no sospechaban que el hombre no puede vivir sin fe, y que ellos mismos, los incrédulos, los ateos, la tenian. Tenian una creencia, nos la han trasmitido; cada día se hace más viva, más ardiente. No es todavía una doctrina, y mucho ménos un culto; pero es una inspiracion poderosa, que nos conducirá á una nueva religion. Es ya un vínculo que une á los hombres del porvenir, es una bandera que oponen á los partidarios de lo pasado. ¿Cuál es esa fe que nos anima al combate, que nos sostiene en nuestras luchas, que renueva nuestro valor, cuando nuestras fuerzas agota-

das nos dejan en ese estado de postracion que raya en desesperacion? Es la idea del progreso, podemos decir el dogma del progreso, porque la idea es ó tiende á convertirse en una verdadera creencia.

Esta creencia es ya general. ¿Quién no apela hoy al progreso? Aún los mismos que permanecen adictos al cristianismo tradicional, se ven arrastrados, subyugados por el poder de un principio que hace siglos viene minando el edificio del pasado. Quisieran apoderarse de esta palanca, para influir sobre los pueblos, á fin de volver á traerlos al culto que han abandonado. Si esto prueba la irresistible influencia del dogma nuevo, prueba tambien que todavía es vago é indeciso; de otro modo, no podrian servirse de él como de un arma los partidos más opuestos. La idea del progreso estaba ménos definida aún en el siglo pasado. Era un sentimiento más bien que una doctrina. No puede permanecer en este estado de instinto; es preciso que se formule en principios, si quiere cumplir sus ambiciosas promesas y llegar á ser el fundamento de una sociedad nueva. Cuestion inmensa, puesto que abraza la religion, la filosofía y la política. Por el momento no entraremos en el fondo del debate; no necesitamos considerar el dogma del progreso sino como el elemento esencial de la lucha que separa en el siglo XVIII á la filosofía y al cristianismo tradicional. ¿Por qué aquel siglo ilustre se empeñó con tanto ardor en demoler las antiguas creencias? ¿Por qué ese afan frenético de acumular ruinas? ¿Por qué ese desden de la tradicion que raya en odio? ¿Por qué esa impaciencia febril del porvenir, y esas esperanzas de una regeneracion total de la humanidad? Es que la sociedad de lo pasado estaba como encarnada en la Iglesia, y durante muchos siglos la Iglesia habia ejercido un imperio tiránico sobre los ánimos; habia dominado sobre los individuos y sobre los pueblos, no dejando ni sombra de libertad á los unos, ni de independencia á los otros. Y ¿cuál era el fundamento de aquel despotismo religioso, intelectual y político, que caracteriza á la antigua sociedad? La Iglesia decia que era órgano de una fe divina, revelada directamente por el Hijo de Dios; pretendia, pues, hallarse en posesion de la verdad absoluta. Pretension funesta, porque aspiraba nada ménos que á perpetuar la tiranía de la Iglesia en nombre

de un dogma inmutable. Si realmente la fe de la Iglesia le ha sido revelada, si es la depositaria de la verdad, ¿qué le queda que hacer al género humano, más que doblar la rodilla para adorar? Los filósofos se rebelaron contra aquella altiva ambicion del catolicismo, y no ha habido nunca insurreccion más santa. En efecto, ¿cuál era el resultado de aquella pretendida verdad revelada, inmutable? La explotacion de la credulidad humana por la codicia de Roma.

• Pero ¿cómo destruir un edificio secular, cuyas raíces se extendian por toda la cristiandad? ¿Cómo podian tener unos pocos hombres la temeridad de insurreccionarse contra toda una civilizacion? Porque no se trataba solamente de la religion; todas las instituciones civiles y políticas se relacionaban con la religion y se derivaban de ella, por decirlo así. La guerra que los filósofos declaraban á la Iglesia, se dirigia, pues, á la sociedad entera. ¡Guerra de gigantes! Para osar emprenderla, se necesitaba más que temeridad, se necesitaba una de esas armas encantadas que las hadas benéficas solian forjar en otro tiempo para sus guerreros favoritos. El arma maravillosa que sirvió á los filósofos para batir en brecha el edificio de la antigua sociedad, es la fe ilimitada en la perfectibilidad del espíritu humano. Esta fe daba á los filósofos la certidumbre de que esperaban á la humanidad nuevos y gloriosos destinos; les daba la certidumbre de que estos destinos habian de realizarse necesariamente; no habia obstáculo ni resistencia que pudiese detener la realizacion de una ley tan fatal como la que rige el movimiento de los astros. ¡Cosa singular! La fe de los filósofos era tan absoluta, y por ciertos conceptos tan ciega como la de la Iglesia. Por una parte, concebian para el porvenir de la humanidad esperanzas tan ilimitadas que rayaban en quiméricas; por otra parte, sentian hácia las instituciones de lo pasado un desprecio tan soberbio, que llegaba á ser injusto. Era necesaria esta fe ciega para realizar su mision. Si no hubieran tenido la conviccion profunda de que todo lo pasado debia perecer para ser renovado por el poder de la razon humana, ¿cómo hubieran tenido alientos para poner manos á la obra, y emprender tan gigantesca demolicion? No todo era ignorancia y supersticion en la Iglesia; la sociedad no se fundaba exclusivamente en el dolo y la mentira. Pero los que tuvieron la audacia de declarar una guerra á muerte á todo lo que

existía, debían tener esta convicción para osar emprender aquella lucha inaudita. Hé aquí por qué la idea del progreso no fué más que un instinto en el siglo XVIII; el instinto era tanto más poderoso, cuanto más irreflexivo. Ocultaba á los que obedecían á él lo que había de legítimo en el estado social, que con tanto furor atacaban; les ocultaba lo que necesariamente había de resultar imperfecto en la sociedad nueva, que esperaban con una confianza inquebrantable. La idea del progreso era algo de indefinido, pero también ilimitado, una palabra mágica, que reemplazaba á todo y que todo lo conmovía.

Hoy no sentimos ya, ni podemos sentir, ese soberbio desprecio del pasado, ni tenemos esa esperanza sin límites en el porvenir, porque nuestra misión no es ya la del siglo XVIII; nosotros no somos llamados á demoler, sino á reconstruir. Ahora bien; las sociedades no se construyen con una varita mágica y como por encanto. Hay más. La doctrina misma del progreso nos aleja de los excesos en que ha incurrido la filosofía del siglo pasado. En efecto, quien dice progreso, dice desenvolvimiento sucesivo, y por consiguiente siempre incompleto. El dogma de la perfectibilidad es la negación de la verdad absoluta, de la perfección ideal. Luego la edad de oro no está ni delante ni detrás de nosotros. Si la humanidad va siempre avanzando, no llegará; sin embargo, nunca al fin á que se dirige, puesto que cada progreso que realiza le descubre un nuevo progreso por realizar. Por consiguiente, no se puede condenar ni maldecir lo pasado; las antiguas instituciones, ya religiosas, ya políticas, tenían su razón de ser, eran en su origen un progreso respecto de un estado social más imperfecto; y preciso es añadir que, si deben transformarse, contienen en sí el germen de esta transformación. El progreso es una evolución, no es una destrucción. Así es que, lejos de reprobar lo pasado, la doctrina de la perfectibilidad lo acepta y hasta lo legitima; busca en él los elementos, los materiales que han de servir para edificar la sociedad del porvenir. Puesto que nuestra noción del progreso no es ya la del siglo XVIII, debemos detenernos en ella un momento para definirla; éste es el único medio de apreciar la filosofía del siglo pasado.

II.

La idea de progreso implica un desenvolvimiento, y por consiguiente, un fin que alcanzar, una misión que cumplir. ¿Quién se desarrolla? ¿Quién tiene esta misión? Esta pregunta sorprenderá á más de un lector; sin embargo, es capital, y no todos le dan, ni con mucho, la misma respuesta. ¿Se trata del individuo ó de la sociedad? ¿Es el individuo el que avanza progresivamente hácia un cierto destino, ó es la humanidad? Unos dicen que el individuo, otros que la sociedad. Nosotros respondemos que uno y otro, pero el individuo es el fin, la sociedad es más bien un medio. Que el individuo tenga una razón de ser, y por consiguiente un fin que alcanzar, todos los que creen en una existencia individual lo admiten sin dificultad; en cuanto á los que no creen más que en la materia y en el acaso, es inútil hablarles de ley. ¿Cuál es la misión del individuo? Sobre este punto empieza ya la disidencia entre la filosofía y la religión cristiana; verdad es que una y otra enseñan que el fin del hombre es su perfeccionamiento; pero los filósofos quieren que todas nuestras facultades se desarrollen en rica armonía; esto es para ellos el fin supremo de la existencia. No sucede lo mismo á los teólogos; subordinan toda nuestra existencia, y por consiguiente, el desenvolvimiento de nuestras facultades, á la salvación. En este orden de ideas las facultades intelectuales son consideradas casi lo mismo que nuestras facultades físicas, en el sentido de que no deben ser cultivadas sino como medio, siendo el fin supremo perfeccionar el ser moral, única manera de llegar á la celeste bienaventuranza. Esta concepción es falsa; rebajando la inteligencia á la categoría de instrumento, mutila al hombre, rompe la armonía de la creación, y hasta es infiel á aquella profunda palabra de Cristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos.» ¿Quién se atrevería á decir que la inteligencia está en Dios subordinada á la caridad? El desenvolvimiento moral dejará siempre que desear, cuando la inteligencia no esté á la altura del amor, de la misma manera que el desarrollo exclusivo de la inteligencia vicia la razón. El ideal requiere la armonía de las di-